

Las guerras y otros retos actuales para la salud y la vida

Wars and other current challenges for health and life

Marcos Arana-Cedeño. Defensoría del Derecho a la Salud / Centro de Capacitación en Ecología y Salud, México. IBFAN, *International Baby Food Action Network*, coordinador en América Latina y El Caribe.

Email: observatoriosalud@gmail.com, <https://orcid.org/0000-0002-8119-3507>

DOI: <https://doi.org/10.71164/socialmedicine.v18i2.2025.2147>

22 de abril, “Día de la Tierra”

Hace 16 años, *Social Medicine* publicó un número especial dedicado al tema Guerra y Salud. Este número fue organizado para conmemorar el primer aniversario de la aprobación del Informe sobre Determinantes Sociales de la Salud. El editorial de este número especial fue escrito por Victor W. Sidel y Barry S. Levy,¹ bajo el título “Las consecuencias en salud de la desviación de recursos hacia la guerra y su preparación”. Aunque el texto, publicado en septiembre de 2009, señalaba con detalle el escandaloso gasto militar de los países y la consecuente reducción de recursos disponibles para la salud y para satisfacer otros derechos económicos, y sociales, la editorial mencionaba con cierto optimismo que el presupuesto militar de los Estados Unidos había sido reducido y que éste hecho podía marcar una tendencia a la baja. Sin embargo, a poco menos de dos lustros de distancia, vemos que el mundo se encuentra en una nueva y frenética carrera armamentista que no sólo amenaza con reducir el presupuesto en salud, educación y ayuda humanitaria a cifras mínimas, sino que alimenta a varios conflictos armados que han generado una tensión política que coloca al planeta en una situación de altísimo riesgo de una conflagración militar de mucho mayores dimensiones.

Por otro lado, el brillante texto editorial arriba mencionado fue escrito a sólo tres años de la publicación del informe de Al Gore, *An Inconvenient Truth*,² documento que, por primera vez, hacía del dominio público lo que estudios científicos de varias partes del mundo habían señalado décadas antes: la concentración de grandes cantidades de gases de compuestos de

carbono en la atmósfera, producto de la actividad humana, que tendría graves consecuencias sobre el clima, la salud y la vida en el planeta. Tuvieron que transcurrir todavía algunos años para que se relacionara con mayor claridad, la enorme emisión de gases con efecto de invernadero que la producción de armamento y los movimientos militares liberan a la atmósfera, aún en tiempos de paz.³ Y, sobre cómo esta impresionante huella de carbono se multiplica geoméricamente cuando hay guerras; las cuales no sólo contaminan, sino que producen vastas regiones de sacrificio y graves daños a nivel planetario.⁴

A las consecuencias que tiene el gasto militar sobre la disponibilidad de recursos para la salud, que describían Barry y Levy, habría que agregarse varias más; entre las más importantes: la contaminación, la destrucción de viviendas, de cultivos y demás infraestructura productiva, en suma, la destrucción de ecosistemas enteros. Todo esto profundiza las desigualdades, genera pobreza y causa el desplazamiento forzado de millones de personas y, por consecuencia, producen más enfermedades y muertes.

Pero, por si fuera poco, todo esto ocurre en medio de una grave crisis climática que, a pesar de las posiciones negacionistas que han asumido varios gobiernos, se manifiesta cada vez con mayor intensidad, multiplicando las situaciones de desastre. Numerosas evidencias científicas sostienen que la crisis climática del planeta rebasó un punto de no retorno.

En el año 2019, cientos de miles de manifestantes, en muy diversos puntos del planeta, salieron a la calle para exigir a los gobiernos y a las



organizaciones internacionales la adopción de medidas urgentes para enfrentar la crisis ambiental que se hacía más evidente cuando simultáneamente se presentaron gigantescos incendios que arrasaron extensas zonas del Amazonas, Australia y California. Todo esto hacía más patente la urgencia de adoptar medidas inmediatas. Sin embargo, en 2020, la aparición de la pandemia de COVID-19 desarticuló las manifestaciones y la presión a favor del medio ambiente, obligando a todo el mundo a quedarse en casa, desviando completamente el foco de la atención mundial.

A mediados de 2020, en plena pandemia, tuvo lugar la presentación y difusión del informe de una comisión OMS/UNICEF/Lancet sobre la salud y el bienestar de las y los niños en el mundo⁵ para las siguientes décadas. Este informe, producto de un extenso trabajo para el desarrollo de indicadores, que requirió de varios años de trabajo en 180 países, concluyó que el cambio climático, la contaminación y las presiones comerciales que fomentan estilos de vida poco saludables, impedirán que las próximas generaciones accedan a condiciones de salud y bienestar, incluso en aquellos países que actualmente cuentan con los mejores indicadores. Este informe debía de haber contribuido a centrar la atención internacional sobre el cambio climático y la contaminación; sin embargo, fue, en gran medida, eclipsado por la pandemia. Aunque la discusión de este documento no fue tan abundante como se esperaba, varias opiniones coincidieron en señalar que los conflictos bélicos y la violencia constituían dos amenazas adicionales que hacían que la proyección sobre las condiciones de la niñez en el mundo fuera aún más oscura.

La pandemia postergó indefinidamente muchas de las acciones que se habían identificado como urgentes para mitigar los efectos de la crisis climática. La postergación de estas medidas tendrá a mediano y largo plazo un costo elevado en vidas, enfermedades y sufrimiento. Además, requerirán que se destinen grandes recursos económicos para enfrentar las situaciones de desastre, sacrificando la atención de otros problemas ingentes de la población.

Sin embargo, la pandemia también trajo lecciones; la dolorosa pedagogía del virus, a la que se refiere Boaventura de Sousa.⁶ Una de las lecciones más sorprendentes y esperanzadoras es que las semanas de mayor confinamiento, durante las cuales se redujeron la movilidad y el consumo, tuvieron como respuesta inesperada: cielos despejados, menos ruido, menos smog y una importante reducción de la concentración de gases con efecto invernadero en la atmósfera. Muchos animales silvestres reaparecieron en sus antiguos hábitats, recuperando momentáneamente sus espacios. Este fenómeno fue una clara evidencia de la resiliencia de los ecosistemas y del impacto positivo que tiene la disminución de varias de las actividades humanas.

Por otro lado, el mosaico de vacunas que se desarrolló y se aplicó a nivel mundial y sin mucho rigor científico para enfrentar al SARS-CoV-2, fue seguramente un factor importante para limitar la pandemia. No obstante, es difícil dilucidar si la mayor motivación para el desarrollo y la aplicación de las vacunas fue la de salvar vidas y reducir el sufrimiento humano o el desarrollo de éstas se debió, principalmente, a los intereses económicos que presionaban por el retorno a una normalidad de la producción y el consumo. Lo que es claro es que el énfasis en la vacunación sobre otras medidas para controlar la pandemia y para prevenir las futuras, tuvo un efecto colateral, el de causar una profunda amnesia:⁷ la cruel pedagogía del virus quedó en el olvido, lo mismo ocurrió con las importantes pistas para enfrentar la crisis climática que dieron muchos ecosistemas sobre su potencial de regeneración y resiliencia cuando la movilización, la producción y el consumo disminuyeron.

Antes de que se diera la oportunidad para que una vez pasada la pandemia, la atención mundial se centrara nuevamente en atender la crisis climática, tres nuevas guerras fueron iniciadas: en Ucrania, en Sudán, y el genocidio en Gaza se sumaron al conflicto armado en el Congo, activo desde 2008.

En mayo de 2023, la OMS declaró el fin de la pandemia, año y medio después de la invasión rusa a Ucrania, a poco tiempo de distancia del

inicio de la guerra en Sudán y del ataque de Hamas, que desencadenó las acciones militares de Israel que se convirtieron en la guerra de exterminio que actualmente libra en contra de las y los palestinos.

El periodo que se abrió después de la pandemia está caracterizado por una incontrolable espiral de militarismo, tensiones políticas, guerras, debilitamiento de las democracias y del sistema internacional de derechos humanos, así como una creciente represión de la libertad de expresión y de prensa.

Si estamos de acuerdo en que las condiciones de salud son, en gran medida, una resultante de la capacidad de las poblaciones para ejercer sus derechos económicos, sociales y culturales, vemos con claridad la forma en la que el panorama de los próximos años presenta gigantescos desafíos. No hay ningún obstáculo mayor para el ejercicio del derecho a la vida, a la salud, a la alimentación, a la vivienda, a la educación y a los demás derechos económicos, sociales y culturales, que las guerras. Éstas son también las fuerzas que con mayor violencia aceleran la crisis climática.

El uso deliberado del hambre, la sed, las enfermedades y la imposibilidad de tratar a los heridos como forma de castigo colectivo, el asesinato masivo de niñas y de niños, la violencia sexual como arma de guerra, el bombardeo de hospitales y ambulancias, el asesinato, la detención arbitraria y la tortura de personal médico, así como muchas atrocidades más se cometen en estos conflictos cada vez con mayor fuerza y frecuencia, alentadas por la impunidad. El derecho humanitario internacional producto de un gran esfuerzo desarrollado durante muchos años para reducir al mínimo las atrocidades contra la humanidad, ha sido gravemente erosionado por la impunidad de la que gozan los gobiernos y militares durante los conflictos actuales.

Ante este panorama desorientador y desafiante, la medicina social, resultante de la práctica social y humanitaria, con sólidos cimientos éticos y teóricos, constituye una brújula para no extraviarse

y para encontrarse con las y los semejantes. La luz para caminar en estos momentos proviene, en gran medida, de saber que la lucha por mejorar la salud es indisoluble de la defensa por la vida, por los derechos humanos y por el planeta.

Referencias

1. Sidel W, Victor y Levy S Barry, (editorial) Las Consecuencias en salud de la desviación de los recursos hacia la guerra y su preparación, Medicina Social, 4:3 Septiembre de 2009 pp 151-157.
2. Gore, Al, An Inconvenient Truth, Rodale, N. York, 2006.
3. Murtaza Hussain, War on the World, Industrialized Militaries are a Bigger Part of the Climate Emergency than you know, The Intercept, Septiembre 15, 2019. Disponible en: <https://theintercept.com/2019/09/15/climate-change-us-military-war/>
4. MacNeill, J R y Unger R, Corinna (eds) Environmental Histories of the Cold War, German Historical Institute, Cambridge University Press, 2010, ISBN 978-0-52176244-1
5. Helen Clark, Awa Marie Coll-Seck, Anshu Banerjee, Stefan Peterson, Sarah L Dalglish, Shanthi Ameratunga et al. ¿Un futuro para los niños de todo el mundo? Una Comisión OMS-UNICEF-The Lancet, The Lancet Vol. 395 No. 10224 P605-658. Disponible en: https://www.thelancet.com/pb-assets/Lancet/stories/commissions/futurechild-2020/19t13524_Exec_Summ_Spanish-1583763023903.pdf
6. Dos Santos, Boaventura. La Cruel Pedagogía del Virus (The cruel pedagogy of the virus), AKAL, Mexico. Disponible en: https://www.akal.com/media/imagenes/Cruel_pedagogia_virus.pdf
7. Arana, Marcos, Fighting COVID-19 Pandemic: Linear Responses for a Complex Problem, GIFA, Ginebra, noviembre 3, 2021. Disponible en: <https://www.gifa.org/en/fighting-covid-19-pandemic-linear-responses-for-a-complex-problem-2/>



Social Medicine

Health For All

ISSN: 1557-7112